



LA DIFÍCIL SOCIALIZACIÓN DEL EXILIO

Rafael SEGOVIA

El exilio español de México es considerado el exilio por antonomasia. Hace poco tiempo Françoise Mitterrand inauguró un monumento erigido en honor a los españoles que lucharon por la libertad de Francia. Cuantitativamente, los republicanos españoles que permanecieron en aquel país o en Africa del Norte superan de manera aplastante a quienes llegaron a México. Con todo, no se habla de ellos o, cosa más sintomática, ellos mismos no hablan. Incluso el puñado de hombres, mujeres y niños que pudieron refugiarse en Sudamérica tiene una mayor presencia, así ésta no vaya más allá de una borrosa memoria colectiva.

Es un error considerar a los exiliados republicanos como los únicos españoles residentes en México, considerando españoles a quienes lo son o lo fueron de origen y hoy son ciudadanos mexicanos. La llamada antigua colonia o, en tono derogatorio, la H (honorable) colonia española, supera claramente al exilio en número y en riqueza.

Basta ver sus extraordinarios clubs, casinos y centros, su ejemplar Beneficencia española y otras muchas obras resultado de su innegable e inagotable generosidad, para advertir las distancias que separan a estos dos grupos sociales que, si bien hoy viven en una coexistencia pacífica, ambos se empeñan en mantener una especificidad propia.

Dejemos de lado hoy la enemistad originada por la guerra civil. Rojos y franquistas o fascistas fue la manera más correcta de referirse unos a otros. Los bandos fueron irreconciliables, y ya no lo son, en primer lugar por haber muerto la inmensa mayoría de los que figuraron en una u otra de las partes enfrentadas en 1936, pero, por si esto no bastara, el origen social, cultural y económico vino a interponerse entre antiguos residentes y refugiados. Estos últimos se consideraron desde el primer momento una aristocracia, una representación única y extraordinaria de España, de la República española, ya veremos por qué razones. La idealización del exilio fue una consecuencia inmediata de la idealización de la guerra civil y de la República. La división fue absoluta, total, producto de las causas originarias de las dos emigraciones: por un lado se situaban quienes estuvieron obligados a dejar su patria acuciados por el hambre, el desempleo, los fracasos repetidos y, con frecuencia, las guerras de Africa; por otro los defensores de una causa noble, generosa, los paladines de un ideal sagrado. Estereotipos y mitos duraderos aunque, una vez cumplida su función, empezaron a declinar.

La existencia de un grupo español rico, central en el comercio y en la industria de México, partidario manifiesta y abiertamente del general Franco, apoyado en la ideología somera de la hispanidad, es un factor decisivo para mantener la integridad del grupo rival y le proporciona las justificaciones necesarias para reforzar la cohesión interna.

La lisa apariencia externa del exilio español de México es más que engañosa. Dentro de este microcosmos las fisuras, las oposiciones, las rivalidades y los odios superaron en cualquier caso a la unidad de la causa común.

Tenemos por fortuna un documento único, obra del hombre excepcional que fue Luis I. Rodríguez. Los cargos por él ocupados (secretario particular del general Lázaro Cárdenas, presidente del Partido de la Revolución Mexicana, gobernador de Guanajuato —su estado—, enviado como ministro plenipotenciario a Francia por el presidente Cárdenas y al final de su carrera embajador de México en Chile) fueron de una importancia crucial para aquellos años —los treinta y los cuarenta, el principio de los cincuenta— de México. Luis I. Rodríguez no es sólo un político y un diplomático, es también un espléndido escritor con un agudo sentido de la historia.

Enviado por el presidente Cárdenas a Francia para llevar a México a los refugiados españoles y, no debe olvidarse, a los brigadistas internacionales —húngaros, polacos, rumanos, etc.— que deambulaban por Francia en una situación más desesperada que la de los españoles, reunió tres impresionantes volúmenes donde se mezclan documentos oficiales, despachos diplomáticos, estadísticas de los consulados mexicanos, cartas de políticos españoles y de quienes no eran políticos también, parte de sus memorias y, en general, todo cuanto concierne al exilio español en Francia entre 1939 y 1941.

La simpatía por los que de hecho son sus protegidos no tiene falla; esta simpatía no lleva sin embargo ni a la apología ni a la excusa anticipada: cuando esta obra se publique, más de algún descendiente de personajes centrales de la República lamentará la invención de la imprenta.

He dado dos fechas, 1939-1941, cruciales a mi modo de ver para entender el marco donde se da esta primera emigración. México es, en esos años, un país pobre, donde la política cardenista concentrada en la reforma agraria, la nacionalización del petróleo, los conflictos con el patronato y un apoyo abierto a los sindicatos han vaciado las cajas del Estado. Si Cárdenas abre las puertas de par en par a todos los republicanos españoles, lo que se dice a todos, México no puede sufragar el viaje de más de 300 mil personas. Los gastos deben correr por cuenta de las organizaciones (SERE, JARE) que se forman en el extranjero con fondos situados fuera de España por el gobierno de la República. La lucha por embarcar es despiadada, sobre todo a partir de julio de 1940, cuando Francia se rinde ante Alemania.

Las cartas que los republicanos españoles envían a Luis I. Rodríguez suman millares. Reproduce sólo unos extractos de 259 de ellas, que son una muestra de 2 al millar. Patéticas, desesperadas, algunas incluso divertidas. Es un florilegio único, revelador de un mundo sorprendente, en el cual destaca, por encima de cualquier otro punto, la ignorancia absoluta que los españoles tenían de México. Dentro de esta ignorancia, dos hechos han cautivado la imaginación de estos solicitantes: el

	Campeños	Obreros	Oficinistas	Intelectuales	Técnicos	Varios
Sinaia	118	276	83	267	84	29
Ipanema	72	167	81	134	33	28
Mexique	260	387	79	135		155
Grupo I				818		
Grupo II	3	38		127		112
Grupo III		8		48		57
Grupo IV	14	61		134		146
Totales	537	937	243	1163	117	527

primero, que México estuvo incondicionalmente del lado de la República y, el segundo, que esta política fue obra de Cárdenas. Las referencias casi siempre disparatadas al pasado mexicano y a su presente, donde se confunden mayas, aztecas y toltecas, refleja una visión borrosa de dos pueblos que se hermanan desde hace siglos. El contencioso histórico, presente tanto en la visión popular como en la elitista de los mexicanos, no aparece ni por un momento. Los españoles van, pues, a un mundo del que no saben nada; los mexicanos van a recibir a unos españoles de los que tienen una imagen en conjunto negativa.

Un cardenista integral, secretario de Gobernación del general y presidente, Ignacio García Téllez, le escribe con fecha del 31 de mayo de 1940 al ministro mexicano en Francia, a Luis I. Rodríguez, acerca del problema que los refugiados están presentando «por carecer de elementos para su subsistencia, por ser de profesiones inasimilables a nuestro medio, por dedicarse a actividades que están controladas por organizaciones sindicales o por ser irreadaptables a las señaladas oportunidades que se les ofrecen de incorporarse a la vida agrícola».

El mito de los agricultores, de los campesinos republicanos, capaces de coadyuvar a la reforma agraria cardenista, no pasa de ser eso, un mito. Pero aquí topamos con otro problema de aquel momento: ¿quién hizo la selección de los afortunados?

Luis I. Rodríguez no escribe nada sobre este particular, aunque algunos puntos de importancia para la comprensión del exilio se pueden observar en su obra. Las cifras ofrecidas son sorprendentes en todos los sentidos y revelan la acuciosidad e inteligencia del jefe de la diplomacia mexicana ante el gobierno francés. Omito la pertenencia a los partidos y sindicatos de los embarcados y me limito a algo manifiesto en la carta de Ignacio García Téllez: las ocupaciones de los afortunados que llegaron a México.

El cuadro de la página anterior necesita unas cuantas aclaraciones. Las organizaciones del exilio pudieron contratar tres barcos, el *Sinaia*, el *Ipanema* y el *Mexique* que hicieron cada uno un viaje transportando exclusivamente exiliados. Los grupos del I al IV obtuvieron visados de México y viajaron ya con ayuda del SERE y del JARE, ya sufragando el precio del billete con fondos propios. No importa demasiado este punto, lo importante es el número de intelectuales, 1.663, frente al de campesinos, 537, cuando éstos, por decisión del general Cárdenas, debían constituir el grueso del exilio.

Los intelectuales han sido siempre refugiados de vanguardia. Sólo la nobleza y la aristocracia suelen antecederlos. Es un problema de habilidad, de capacidad, de relaciones políticas y sociales. No tienen nada de particular pues los 1.663 «intelectuales» que pasan a México. Hay además un antecedente capaz de ayudar a explicar este fenómeno.

En 1938 Daniel Cosío Villegas había venido a Valencia para convenir con Wenceslao Roces, entonces subsecretario de Educación, el traslado a México de un grupo de intelectuales españoles que podrían continuar allá su obra mientras durara la guerra. Alfonso Reyes suscribió con todo entusiasmo la idea y, así, los primeros refugiados fueron investigadores, escritores, filósofos, etc. Quizá dieron el tono, manifestaron qué seguiría.

No se sabe qué se escondía detrás de esos 1.663 intelectuales, palabra ambigua siempre. Es fácil imaginar que médicos, ingenieros, abogados, arquitectos y los profesionales en general están ahí incluidos, junto con todos cuantos tuvieran una licenciatura y en algunos casos un simple bachillerato. Los artistas —pintores, escultores, escritores de novelas, de poemas o de cuentos— también deben estar en la cuenta. Hay que añadir a los periodistas y a quienes trabajan en el sector docente, desde el jardín de niños hasta la universidad. Estos intelectuales no son la *intelligentsia* en el sentido ruso del siglo XIX, sino quienes no ejercían trabajos manuales o se dedicaban a actividades comerciales. Olvidándonos de clasificaciones sociológicas, serán los que le den el tono al mundo del exilio y creen una imagen ante élites y pueblo mexicanos.

Miembros de una élite son, por lo tanto, un problema. En principio, portadores de una cultura específica, bien definida por la época republicana de España, recién salidos de una guerra civil, son, como señala Ignacio García Téllez, inasimilables. Transportan e importan a México un mundo cerrado, capaz de autoalimentarse durante años. «Para llegar a esta situación», escribe en la carta citada García Téllez, «han influido considerablemente las discrepancias y dificultades suscitadas por la falta de armonía en los dirigentes españoles, que en vez de acallar sus diferencias han permitido que se ahonden, con grave perjuicio para todos los asilados y con despilfarro de elementos que debieron invertirse en forma económicamente productiva».

Conviene no perder de vista una idea dominante a lo largo de los años del exilio: éste es considerado provisional, la dictadura franquista encontrará un término al final de la Segunda Guerra Mundial con el triunfo de los aliados, después, se cree, con la condenación de las Naciones Unidas y, finalmente, como siempre en estos casos, con las suposiciones más enloquecidas, fantásticas, grotescas y enternecedoras. Pero si no se tiene siempre presente la idea de provisionalidad y, por ende, de precariedad, no se puede comprender lo ocurrido con esa comunidad asentada fuera de España.

La inverosímil generosidad y apertura del gobierno mexicano no tuvo límites: los españoles recién llegados —y los otros también— podían obtener la nacionalidad mexicana en 48 horas, y el libre ejercicio de una profesión se lograba con la simple presentación de un do-

cumento justificativo que acreditara tener los estudios indispensables. Aun así, no todo fue coser y cantar: hubo una hostilidad abierta por parte de la derecha mexicana y unos ataques esperados pero increíbles de una prensa que llegó a especializarse en el tema. La impopularidad del cardenismo en sus últimos años en el poder, una situación político-electoral donde el enfrentamiento izquierda-derecha llegaba a la máxima tensión y una depresión económica de la cual sólo se saldría con la Segunda Guerra Mundial, hacían de los refugiados españoles personas y personajes profundamente antipáticos. Sin llegar a una situación francesa —las entrevistas de Luis I. Rodríguez con Pétain y Laval superan la imaginación— el ambiente no era propicio no digamos a una asimilación sino a una integración social. Esta se dará con el tiempo por los caminos lógicos y esperados, aunque el grupo exiliado mantendrá siempre un perfil distintivo, que llega a nuestros días.

La provisionalidad querida y esperada por los intelectuales les llevó a buscar formas de protección de su cultura, es decir, de sus valores, de sus normas de conducta, de su tradición. Y no sólo de la protección de su cultura española, liberal o no, aunque siempre republicana y antifranquista, sino de su transmisión.

Tuvieron, además, una tarea inmediata ante sí: concluir los trabajos que la contienda civil les había impedido terminar. Las publicaciones de los primeros años son de una abundancia y calidad sorprendentes. Sus temas no son la guerra civil —ése es el tema de los periodistas y políticos—, sus preocupaciones son las mismas que tuvieron en España.

La fundación de colegios españoles ha sido vista como un hecho esencial del exilio. En gran parte esto es cierto, pero sólo en gran parte.

La concentración de los refugiados en la Ciudad de México, en la capital de la República, puso a disposición de estos colegios una masa de profesores de innegable calidad. Catedráticos de universidad y catedráticos de segunda enseñanza o de instituto se dieron a la tarea de educar a los retoños del exilio. Los primeros, los catedráticos de universidad, no dudaron en aceptar cursos en el primer año de bachillerato para explicar matemáticas elementales o gramática española; los profesores de instituto cumplieron con todo mérito su misión. Con la salvedad de los cursos de historia y geografía de México y de civismo, prácticamente todo el cuerpo docente de la Academia Hispano Mexicana, del Instituto Luis Vives y del Colegio Madrid fue español. Los profesores mexicanos estuvieron reducidos a una representación de gran calidad pero mínima. Esta situación se dio sobre todo en los primeros años. Los catedráticos universitarios fueron llamados rápidamente a los institutos y facultades de la Universidad Nacional o del Instituto Politécnico, liberándose así de una tarea todo lo noble que se quiera pero ingrata. Otros profesores también españoles los sustituyeron.

Los profesores y los alumnos fueron mayoritariamente españoles; sólo unos cuantos alumnos y los profesores que acabo de mencionar eran mexicanos. Pero en ambos casos eran mexicanos fuera de lo común. Los intelectuales que protegieron y buscaron integrar al exilio confiaron sus hijos a esos colegios: Cosío Villegas y Silva Herzog, entre otros, no sólo abrieron las puertas del Fondo de Cultura Económica y de *Cuadernos Americanos* a los escritores e investigadores españoles, sino que tuvieron una confianza absoluta en los profesores de la Academia; Eduardo Suárez, secretario de Hacienda de los presidentes Cárdenas y Avila Camacho, Aarón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores del presidente Calles, tendrá a su hijo también en la Academia. Es injusto citar sólo esos nombres: fueron muchos los mexicanos liberales confiados en la capacidad de los colegios españoles.

La composición nacional de los colegios de refugiados fue un inconveniente mayor para la asimilación del exilio *in toto*, de los que tenían meses al llegar hasta los que fueron sólo a aprobar unas cuantas materias para poder ingresar a la universidad. Aunque sometidos, como era obligatorio, a los planes y contenidos establecidos por la Secretaría de Educación y el artículo 3º de la Constitución, habiendo mantenido en esto una actitud de respeto absoluto, las disposiciones legales no pueden, sino en una escala nacional, ser un agente socializador y nacionalizador.

Lo que se pudiera llamar el ambiente era español. Con un conocimiento mediano e inexacto de los hechos, las discusiones entre estudiantes —jamás con los profesores— versaban frecuentemente sobre la guerra civil, tomándose a los diez años partido por los socialistas, los anarquistas o los comunistas. Negrín, Prieto, Azaña o *La Pasionaria* eran personajes, imágenes familiares, sobre los que se ignoraba todo pero se alegaba con pasión. La familia era, cosa inevitable, el agente socializador decisivo; fueron los padres y las madres, los abuelos cuando existieron, quienes generaban las actitudes fundamentales, las primeras que el niño interioriza y por consiguiente las más duraderas. La sociología y la psicología contemporáneas han mostrado cómo una situación traumática es decisiva para destruir una actitud preexistente cuando el individuo no tiene un apoyo psicológico externo, pero, por el contrario, ayuda a confirmarla cuando el grupo donde está inmersa la persona sostiene esa actitud.

La guerra civil fue un trauma para toda la sociedad española, y fue doblemente traumático para los exiliados del exterior, puesto que también los hubo dentro de España.

La exaltación no sólo de la justicia que los atendía y pertenecía antes y durante el enfrentamiento armado, sino la exaltación de una España determinada, idealizada y mitificada con el transcurrir del tiempo, condujo a la creación de una nueva cultura, a un conjunto de

valores e imágenes que se intentó, y en alguna manera logró, aislar y defender de la cultura dominante, es decir, de la cultura mexicana. Se terminó por ser refugiado antes que español.

Una cultura ajena a la realidad está destinada a perecer. No fue una peculiaridad exclusiva del exilio español intentar conservarse impoluto, ajeno al país donde se había instalado. Buscó mantener y prolongar una cultura dentro de otra, ajeno a ella porque estas dos culturas son con frecuencia excluyentes y conflictivas. La temporalidad pretendida y deseada del destierro se vinculaba con un hecho político español, accidente que, tan pronto como terminara, impondría el final del exilio. Puede suponerse un enmascaramiento en las razones que mantenían a muchos republicanos exiliados ajenos a España. La antigua colonia española, desprovista de razones políticas capaces de justificar su permanencia en México, tampoco acepta considerar su transterramiento —por usar un término de José Gaos— como algo definitivo: se limita a señalar su falta de identidad. No son españoles y no son mexicanos; su doble pertenencia les resulta incómoda como incómoda es, a veces, la situación de los refugiados. El simple hecho de mantener en algunos restos esta apelación resulta revelador de la intención primigenia, de la voluntad de mantener un perfil cultural peculiar, del deseo de mostrar una fidelidad a unos valores ya desencarnados por haber fenecido la situación histórica que los originó.

El mundo mexicano, con todas sus manifestaciones políticas, económicas, culturales, profesionales, etcétera, se impuso. Del exilio permanece una idea entera o, me atrevería a decir, un mito, en el que se reconocen vagamente los herederos, ya mestizos, de tercera cuando no cuarta generación, de quienes llegaron en el *Mexique*, el *Sinaia* o el *Serpa Pinto*.